

Carlos Castilla del Pino (1922-2009): psiquiatra, ensayista y académico de la RAE

Una anécdota sobre la traducción médica en sus memorias

Juan Manuel Martín Arias*

El psiquiatra, ensayista y miembro de la Real Academia Española Carlos Castilla del Pino (San Roque [Cádiz], 1922-Córdoba, 2009) falleció el pasado 15 de mayo a la edad de 86 años. Además de una ingente obra psiquiátrica y ensayística sobre los más variados temas, nos ha dejado unas magníficas memorias en dos tomos (*Pretérito imperfecto*¹ y *La casa del olivo*²) que fueron reconocidas con el IX Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias. El primer tomo abarca desde el nacimiento del autor hasta su marcha a Córdoba para hacerse cargo del Dispensario de Salud Mental de esa ciudad a la edad de 27 años. Atrás quedan su traslado a Madrid desde su pueblo natal para estudiar Medicina y una soberbia descripción de la vida en la capital de España durante la posguerra.

La vocación científica de Castilla del Pino fue extraordinariamente precoz. En 1933, un año antes del fallecimiento de Ramón y Cajal, cuando tenía solo once años y cursaba segundo curso de bachillerato, montó en su habitación un laboratorio de histología, al que llamó L. B. A. (Laboratorio de Biología Animal). Allí se dedicaba a realizar los más variados experimentos, a diseccionar todo tipo de bichos a los que él mismo daba caza y a guardarlos en formol. Inventaba nuevos líquidos para conservar y fijar los tejidos para su posterior examen microscópico. Cuando vino a Madrid, trajo consigo algunos de estos líquidos y se los entregó para su uso a los profesores de Histología y Anatomía Patológica, quienes, como es lógico, quedaron asombrados. Ese mismo año, montó también en su habitación un observatorio astronómico. Fue Ramón y Cajal quien, sin saberlo, claro, empujó a Castilla del Pino hacia el agnosticismo. En sus memorias, refiere la impresión que le causó cuando a los doce años vio en los periódicos de la época las fotografías del entierro de Ramón y Cajal: no había «acompañamiento religioso», solo los familiares y un grupo de sus alumnos portando el féretro a hombros. Tampoco en el reciente entierro de Castilla del Pino hubo acompañamiento religioso, pero esto hoy ya no causa la impresión que hubo de causar todavía a muchos en 1934.

Fue también desde muy joven un voraz lector de todo tipo de libros, desde novelas (Pío Baroja era su favorito, y en sus memorias cuenta como lo encontró comprando sobres en una papelería de la Gran Vía y como, después de armarse de valor, inició una conversación con el escritor, que quedó sorprendido por el extenso conocimiento que de su obra tenía una persona tan joven —Castilla del Pino tenía entonces 19 años—) hasta libros científicos, especialmente de Ramón y Cajal, por quien nuestro autor sentía una gran devoción desde los diez años. Fue la lectura de las obras del gran científico español lo que le hizo decidirse por la medicina. Castilla del Pino fue proba-

blemente el lector más joven que tuvieron en España las obras completas de Freud (diecisiete tomos). Las leyó de cabo a rabo a la edad de 16 años, en una época en la que aún no había decidido estudiar Psiquiatría, aprovechando la circunstancia de que el español fuera una de las primeras lenguas a las que se tradujeron las obras del psiquiatra vienés, que falleció en 1936. En *Pretérito imperfecto* aparece el facsímil de una libreta escolar con anotaciones y esquemas en los que Castilla del Pino iba garabateando lo esencial de su lectura de Freud. Una vez en la capital de España, recorrió una y otra vez la cuesta de Moyano y las librerías de viejo del Madrid de la posguerra, en las que los libros, muchos de ellos prohibidos (no se trataba necesariamente de libros de política, también de literatura o filosofía: Ortega, Baroja, Valle Inclán, Thomas Mann, Marañón, Dostoyevski, Nietzsche, Stendhal, etc.) se vendían bajo cuerda. La pasión por los libros lleva a Castilla del Pino a citar en muchas ocasiones el nombre del traductor; no debe olvidarse que en aquella época el traductor figuraba no sólo en los libros de literatura, sino también en las obras científicas, incluidas las de medicina, que por entonces eran siempre de un solo autor, al contrario del carácter semianónimo que tiene hoy en día la autoría de los manuales médicos y, la mayoría de las veces, del absoluto anonimato de sus traductores³).

En Madrid, desde el primer momento, Castilla del Pino se siente atraído por los viejos cafés en los que se reunían en tertulia gran parte de los artistas, escritores e intelectuales de la época. En este recorrido aparecen nombres de establecimientos que ya no existen —algunos han sido sustituidos por una hamburguesería o por una sucursal bancaria—, por lo que el relato de este peregrinar que al caer la tarde realizaba Castilla del Pino por los cafés de Madrid posee un halo marcadamente nostálgico para quienes vivimos en la capital de España. Ni que decir tiene que, a sus 19 años, no osaba entablar conversación con los célebres personajes que acudían cada tarde a estos cafés. Todo lo más, se sentaba en una de las mesas de mármol, pedía un café e intentaba imaginar de qué se estaba hablando en las diferentes tertulias, soñando con el día en el cual él mismo sería admitido como un tertuliano más.

En el café Gijón, uno de los más bohemios de Madrid, situado en el Paseo de Recoletos y que aún hoy acoge a un buen número de escritores, artistas, actores e intelectuales, una tarde Castilla del Pino observó una curiosa escena relacionada con la traducción médica. Aunque excesivamente larga, merece la pena transcribirla tal y como la cuenta el autor:

Pero en el café Gijón había también personajes aislados, solitarios, mañaneros, que me atraían más, y a los

* Traductor médico, Madrid (España). Dirección para correspondencia jmtraductorma@yahoo.es.

que veía los días festivos por la mañana. Uno de ellos era un señor gordito, bien trajeado, que llegaba puntualmente a las nueve con una cartera de cuero; sacaba de ella un periódico, lo abría por la mitad; luego un puro, que iba cortando a tajaditas con un cortaplumas hasta convertirlo en un montón de picadura; a continuación lo convertía en cigarrillos que guardaba en una petaca de cuero (reservándose uno para acompañar el café y el suizo que ya le habían llevado sin necesidad de pedirlo); finalmente, sacaba sus escrituras —debía de ser notario o registrador— y trabajaba en ellas escribiendo en pliegos de papel de barba con una pluma estilográfica de un grueso descomunal. No hablaba con nadie ni saludaba a nadie. Otro era alto, de buena planta, de cabello más bien rubio, al que oí que el camarero le llamaba don Luis. Era cordial y, hasta ponerse a trabajar, mientras se tomaba el primero de los cafés, charlaba con Pedro, el camarero que lo atendía. Luego, don Luis abría una gran carpeta y sacaba un libro, generalmente grueso y un atrilito en el que lo colocaba, y ante él un gran mazo de cuartillas, en las que de inmediato se ponía a escribir como copiando de un libro. No precisé mucho tiempo para averiguar lo que hacía: traducía del inglés. Como yo me ponía en la mesa de al lado pude precisar más: traducía obras inglesas de oftalmología. Un día mostró una actitud de amable curiosidad por lo que yo hacía allí con mis libros y mis apuntes e inició su charla conmigo. Se llamaba Luis Mier. Era oftalmólogo, profesor auxiliar de cátedra; no le interesaba la consulta privada e incrementaba su sueldo con la traducción. Era solterón. Me dijo que iba a trabajar al café porque le molestaban los pasos de los inquilinos del piso de arriba y el ruido de la cisterna.⁴

Esta escena tuvo lugar en 1940, cuando Castilla del Pino estudiaba primero de Medicina. En una nota a pie de página, señala que una de las obras que tradujo Luis Mier, que años más tarde fue profesor suyo en la Facultad de Medicina de San Carlos, fue el famoso Duke-Elder, «un tratado de oftalmología imprescindible en la época».

El autor al que se refiere Castilla del Pino es sir William Stewart Duke-Elder (1898-1978). Nacido en Escocia, es uno de los más grandes oftalmólogos de todos los tiempos. Fue el oftalmólogo particular de Eduardo VIII, Jorge VI e Isabel II, la actual reina de Inglaterra. Su obra es incommensurable, y en ella destacan el *Textbook of Ophthalmology* (siete volúmenes) y el *System of Ophthalmology* (quince volúmenes). Fue fundador del Institute of Ophthalmology de Londres y director de las revistas *British Journal of Ophthalmology* y *Ophthalmic Literature*. En Internet pueden adquirirse ediciones antiguas de Duke-Elder, tanto en inglés como en español. Entre ellas, figuran *Recientes adquisiciones en oftalmología* (Madrid: J. Morata, 1930. Traducción al español de Vte. [sic] Celada) y *Recent Advances in Ophthalmology* (Mosby, 1951. No consta ciudad de edición). En el caso de esta última obra, se trata obviamente de una reedición, porque la primera edición apareció en inglés en una fecha que no hemos podido precisar; en todo

caso antes de 1930, ya que Vicente Celada tradujo esta obra al español en ese año, con el título de *Recientes adquisiciones en oftalmología*). La traducción más antigua de Duke-Elder al español parece ser la de Vicente Celada, que data de 1930. Nada hemos podido averiguar sobre este traductor. En 1931, año de la proclamación en España de la Segunda República, la *Revista Sudamericana de Endocrinología, Inmunología y Quimioterapia* (se editaba en Buenos Aires) publicó una pequeña reseña sobre la traducción de Vicente Celada del libro de Duke-Elder *Recent Advances in Ophthalmology*.⁵ Nada se dice sobre la traducción, aunque el autor de la reseña, cuyo nombre no consta (firma sólo con la inicial D.), comenta lo siguiente: «La versión castellana muy cuidada y la presentación impecable de Morata dan realce a la obra». Llama la atención que el título de la versión original, *Recent Advances in Ophthalmology*, se tradujera como *Recientes adquisiciones en oftalmología*. Hoy en día el vocablo inglés *advances* no se traduce al español como *adquisiciones* para referirse a la mejora del conocimiento en una especialidad médica, pero quizás en aquella época era algo habitual.

No es fácil especular acerca de qué obra de Duke-Elder estaba traduciendo el doctor Luis Mier cuando Castilla del Pino lo conoció en el café Gijón de Madrid. Nos atrevemos a suponer que se trataba del segundo volumen del *Textbook of Ophthalmology*, que en la versión original en inglés se compone de un total de seis volúmenes. El primer volumen de esta obra apareció en inglés en 1932. No sabemos si se tradujo al español. El intento de hacer una historia de la traducción médica en España se ve confrontado con un obstáculo prácticamente insalvable, a saber: muchas editoriales médicas española e hispanoamericanas cambian el título del original en inglés, bien porque lo consideran más apropiado o simplemente para conseguir un mayor impacto en los posibles compradores de la versión española,⁶ por lo que muchas veces no es posible saber si un libro se ha traducido o no al español. Probablemente la traducción del primer volumen del *Textbook of Ophthalmology* apareció en España con otro título. El segundo volumen se publicó en inglés en 1937, y de él apareció una reseña en el número de marzo de 1938 de la *British Medical Journal*.⁷ Dado que en 1937 España estaba en plena guerra civil, no cabe pensar que el segundo volumen se tradujera de inmediato. Desde luego, si se tradujo, el autor de la traducción no pudo ser Luis Mier, que en esa época se encontraba en Burgos trabajando como oftalmólogo en un hospital de guerra. Una vez terminada la guerra civil (abril de 1939), es lógico pensar que se reanudó la edición y, por tanto, la traducción de libros extranjeros de medicina. En consecuencia, pensamos que Luis Mier podría estar enfrascado en la traducción del segundo tomo del *Textbook of Ophthalmology* cuando Castilla del Pino entabló conversación con él en el café Gijón en 1940.

Del Dr. Mier tenemos noticias a través del libro *Exilio y depuración política en la Facultad de Medicina de San Carlos*, del doctor Pérez Peña.⁸

Luis Mier Jadraque era desde el uno de octubre de 1934 Ayudante de Clases Prácticas de la Cátedra de Of-

talmología del Prof. Márquez. En Septiembre de 1935, marcha a Inglaterra pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios donde permanecería 10 meses. Allí le sorprendería el 18 de julio e inmediatamente abandona Inglaterra para trasladarse a la España Nacional, fijando su residencia en San Sebastián desde donde se trasladaría a Valladolid para prestar gratuitamente (¡No faltaría más!) sus servicios en la Clínica de Oftalmología del Hospital Militar.

El 19 de marzo de 1937, se incorpora al Hospital de San Francisco Javier de Oña (Burgos), creado por la Cruz Roja Nacional (cuyo Jefe de Servicios era Manuel Bermejillo) donde permanecería hasta julio de 1939.

Toda la Guerra civil sería «Encargado temporal-Jefe del Servicio de Oftalmología», adscrito a la Cátedra del Prof. Buenaventura Carreras, cesando el 31 de octubre de 1940. Antes, el 14 de agosto de 1940, el Ministerio de Educación le había rehabilitado en su cargo sin sanción alguna.

Por O. M. [Orden Ministerial] del 21 de mayo de 1949, sería nombrado Prof. Adjunto.⁹

Las leyes franquistas dictadas al terminar la guerra exigían que los profesores universitarios, para ser rehabilitados en sus cargos sin ser sancionados, demostraran entre otras cosas que, en caso de encontrarse en el extranjero al sobrevenir la guerra civil, habían regresado a España (a la «España Nacional») en el plazo máximo de cinco meses y se habían puesto al servicio del gobierno franquista. Así lo hizo Luis Mier, por lo que, una vez terminada la contienda, no tuvo ningún problema para incorporarse a la docencia, que venía ejerciendo como profesor de Oftalmología desde 1934 en la Facultad de San Carlos. No sabemos si el doctor Mier conoció durante su estancia en Inglaterra a Duke-Elder. Probablemente no aprendió inglés en Inglaterra, ya que estuvo sólo diez meses, y lo más seguro es que dominara este idioma con anterioridad, razón esta que influiría en la decisión de la Junta de Ampliación de Estudios de la República de concederle una beca para ampliar sus conocimientos de oftalmología en Gran Bretaña.

También Castilla del Pino nos vuelve a dar noticias de Luis Mier. Durante su estancia en Inglaterra, Mier se encontró con el doctor Jiménez Díaz, quien a la sazón se encontraba en Inglaterra exiliado del «Madrid rojo». Conociendo Luis Mier las dificultades económicas por las que atravesaban Jiménez Díaz y su familia, tuvo el gesto solidario de ofrecerse a vender una joya de la mujer de Jiménez y entregarle luego el dinero. En esta ocasión, Castilla del Pino se refiere a Mier como «ese profesor de oftalmología excéntrico y solitario que conocí en el café Gijón».¹⁰ Cuando Castilla del Pino, una vez terminada la carrera, pasa a prestar sus servicios en el Departamento de Psiquiatría del Hospital General de Madrid, dirigido por López Ibor, colabora ocasionalmente con Luis Mier en la exploración de algunos enfermos neurooftalmológicos (en realidad se trataba más bien de un servicio hospitalario de neuropsiquiatría, no de psiquiatría). En general, Castilla del Pino se refiere siempre a Mier como una persona amable, leal y profesionalmente competente, a pesar de que

las opiniones políticas de uno y otro eran totalmente dispares (Mier, franquista, aunque seguramente moderado, y Castilla del Pino, ya por entonces, de izquierdas). Nada más sabemos del doctor Mier. Los intentos que hemos realizado de seguir su trayectoria humana y profesional (¿continuó traduciendo textos de oftalmología del inglés?) han sido infructuosos. Al teclear en Google «Luis Mier oftalmología» aparecen varios oftalmólogos con este apellido, poco frecuente en España, pero ninguno con el nombre de Luis. ¿Sus hijos? ¿Sus nietos? Recordemos que Castilla del Pino nos lo presenta como un «solterón», que era el término, mitad cariñoso, mitad despreciativo, cuando no admirativo, que se usaba en la época.

Para quienes hoy trabajamos en el campo de la traducción médica sentados durante interminables horas ante el ordenador, con todo tipo de diccionarios y recursos *online*, amén de programas de asistencia a la traducción tales como TagEditor, SDLX 2007 y Wordfast Classic, conscientes de que nuestro nombre jamás aparecerá en el libro cuando finalmente se edite, resulta sorprendente saber de un médico que traduce del inglés obras de oftalmología en la mesa de mármol de un café bohemio de Madrid, con un cafetito al lado, mientras intercambia afablemente saludos con los parroquianos. Conviene recordar que en esa época la mayoría de los libros de medicina no se traducían del inglés, sino del francés y del alemán, incluso del italiano. Recordemos a este respecto lo que decía Ramón y Cajal sobre las «lenguas sabias»: «No se crea, empero, que el investigador debe hablar y escribir todas las lenguas de Europa: al español le bastará traducir las cuatro siguientes, que se ha convenido en llamar lenguas sabias y en las cuales aparecen publicados casi todos los trabajos científicos: el francés, el inglés, el italiano y el alemán».¹¹ De hecho, la mayor parte de los libros que Castilla del Pino utilizó para sus estudios de Medicina (1940-1945) eran de autores alemanes, y el alemán era el idioma que mejor conocían las grandes figuras de la medicina española de la época (Gregorio Marañón, Jiménez Díaz, López Ibor, Rodríguez Lafora, Agustín del Cañizo, Laureano Olivares, León Cardenal, Gay Prieto, García Tapia, Enríquez de Salamanca etc.), muchos de ellos profesores de la Facultad de Medicina de San Carlos en la posguerra, otros exiliados o «depurados».

Sirvan estas líneas como homenaje a nuestro admirado Castilla del Pino y también al doctor Luis Mier, ilustre predecesor en la época heroica de la traducción médica de quienes en España, con mejor o peor fortuna y acierto, nos dedicamos hoy a este menester. Siempre es bueno recordar —se olvida a menudo— que no partimos de cero y que somos los continuadores de una apasionante tarea que otros comenzaron cuando nosotros, traductores del siglo XXI, aún ni siquiera habíamos nacido.

Notas

1. C. Castilla del Pino (1997): *Préterito imperfecto*. Barcelona: Tusquets.
2. C. Castilla del Pino (2004): *La Casa del Olivo*. Barcelona: Tusquets.
3. Entre otras muchas, Castilla del Pino cita en sus memorias las traducciones de libros de medicina de la época realizadas por López

- Ibor (*La encefalitis letárgica*, de Von Economo) y Rof Carballo (*Fisiología patológica*, de Becher). La traducción de López Ibor se publicó en la editorial Calpe.
4. C. Castilla del Pino, o. cit., p. 305.
 5. *Revista Sudamericana de Endocrinología, Inmunología y Quimioterapia*, XIV (3): 188. Marzo de 1931, Buenos Aires.
 6. Hace unos años traduje en su totalidad un libro norteamericano titulado *A Pocket Reference for Psychiatrists*. El título era muy apropiado, porque el libro tenía exactamente las dimensiones del bolsillo de la bata que usan los médicos. Apareció en español con el sorprendente título de *Manual de psiquiatría*. No es inusual que traduzcamos libros titulados, por ejemplo, *Essentials of Immunology*, que después vemos en las librerías con el pomposo título de *Manual clínico de inmunología: diagnóstico y terapéutica*.
 7. *British Medical Journal*, marzo de 1938, p. 516.
 8. 2005. El doctor Pérez Peña es en la actualidad catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid y pertenece a la última promoción de médicos que se licenciaron en el «viejo caserón» de San Carlos, antes de que la facultad fuese trasladada definitivamente a la Ciudad Universitaria. Es autor también de una obra excelente sobre la historia de la enseñanza de la medicina en España (F. Pérez Peña [2005]: *Los últimos clínicos de San Carlos*. Madrid: Visión Net). Entusiasta defensor del franquismo, no tiene nada de extraño que las descripciones y valoraciones que Pérez Peña nos ofrece del Madrid de la posguerra en general y de los estudios de Medicina en particular sean, en la mayor parte de los casos, totalmente discordantes de las de Castilla del Pino.
 9. F. Pérez Peña (2005): *Exilio y depuración política en la Facultad de Medicina de San Carlos*. Madrid: Visión Net, p. 99.
 10. C. Castilla del Pino, o. cit., p. 386
 11. S. Ramón y Cajal (1971): *Los tónicos de la voluntad: reglas y consejos sobre investigación científica*, 9.ª ed. [texto de la tercera edición, de 1912]. Madrid: Austral, p. 70.

Cuando los traductores yerran y nadie los enmienda: *duramadre* y *piamadre* Francisco Cortés Gabaudan

J. Hyrtl, en su *Onomatología anatómica*, de 1880, pp. 194-195, expone con toda claridad la historia de la extraña denominación *pia māter* (*piamadre*) en su capítulo «Dura und pia mater». Su explicación se sigue considerando hoy día válida y, en general, es aceptada sin discusión; así en Marcovecchio o en el artículo de G. Stromhaier «Constantine's Pseudo-classical Terminology», en Ch. Burnett y D. Jacquart (eds.) (1994): *Constantine the African and Ali ibn al-Abbas al Magusi* (Brill), pp. 95-96.

Una vez más, hay que partir de los médicos griegos. Reconocían la existencia de dos membranas que envolvían el cerebro; la más externa, dura y gruesa recibía el nombre de *pakheía méninx* παχέα μήνιγξ 'membrana gruesa' o *sklēra méninx* σκληρά μήνιγξ 'membrana dura', mientras que la más interna y fina recibía el nombre de *leptē méninx* λεπτή μήνιγξ 'membrana fina'. No supieron que hay una tercera membrana intermedia, la que hoy llamamos aracnoides. Estas denominaciones están ya en Hipócrates, quien afirma en uno de los tratados que nos han llegado bajo su nombre (*De locis in homine* 2.19, considerado, si no de Hipócrates, sí de su época, siglos. V-IV a. C.): «Son dos las membranas (*mēninges* en griego) del cerebro, la que está más arriba es más gruesa, mientras que la que toca el cerebro es fina».

Fue el médico persa Alí Abas (Ali ibn Abbas), en su *Kitab al-Maliki*, publicado hacia el 980, quien tradujo la palabra griega *méninx* μήνιγξ, referida a las membranas del cerebro, en la expresión árabe *umm al-dimāgh*, literalmente 'madre del cerebro', porque, en efecto, en árabe se usa la palabra *umm*, 'madre', en forma metafórica, en multitud de expresiones para todo aquello que se supone que engendra o nutre. Constantino el Africano, de la escuela médica de Salerno, tradujo en 1087 parcialmente la obra de Alí Abas al latín en el famoso *Liber pantegni*, y lo hizo en su totalidad Estéfano de Pisa unos años más tarde, en 1127, con el título *Liber regalis dispositionis*. Pues bien, estos traductores del árabe al latín fueron los responsables de las denominaciones *dura mater* (en árabe, *al-umm al-gāfiya*) y *piamater* (en árabe, *al-umm ar-raqīqa*). Mientras que en árabe la metáfora de aplicar *umm* 'madre' a 'membrana' se entiende sin mayor problema, en latín, como después en las lenguas modernas que siguen el latín, resulta muy chocante. El citado Stromhaier considera que podemos estar o ante el traslado poco afortunado de un calco de una lengua a otra o, si Constantino el Africano era bilingüe en árabe y latín, ante una traducción válida para quien asociaba en su conciencia lingüística al latino *māter* los significados de *umm* en árabe, pero no para quien solo sabía latín. El desaguisado, que afecta tanto a *duramadre* como a *piamadre*, se mantuvo y se oficializó en la nomenclatura anatómica.

En el caso de *piamadre* la cosa resultó todavía peor, porque la mala traducción afectó tanto al sustantivo como al adjetivo, ya que el árabe *raqīq* 'tierno', 'suave' (*leptē* λεπτή en griego) debería haberse vertido a latín con *tenuis* y no con *pia*; se escogió el valor moral del término árabe en un contexto anatómico que se refería al sentido propio. Hyrtl piensa que fue cosa de monjes, pues esa era la condición de los traductores citados.

El resultado, en cualquier caso, no podía haber desfigurado más el original griego *leptē méninx* λεπτή μήνιγξ que sencillamente significaba 'membrana fina'.

© Francisco Cortés Gabaudan. <www.dicciomed.es>. Universidad de Salamanca